

## El hijo de la maestra

Soy el hijo de la maestra. Muchos pueden pensar que ser el hijo de la maestra es lo mejor, como tu mamá es tu maestra te va a poner sólo sotes. Pues no, no es así, para nada.

Hace cuatro años que concurro a una escuelita rural, en el medio del campo, en el medio de la nada. Tal vez crean que vivir en el medio rural es aburridísimo, pero de nuevo se equivocan, yo diría que es.... ¡emocionante!

Cada día, una nueva aventura.

Me levanto temprano con el canto del gallo del vecino, el mejor despertador. A la salida del sol se iza la Bandera, celeste y blanca, la mismita que en todas las escuelas rurales y urbanas, flamea alto todo el día hasta la puesta del sol.

Si hace frío traemos virutas del monte para prender la estufa, así el salón de clases está calentito, esperando la llegada de mis compañeros.

Mis compañeros que llegan tempranito, siempre antes de las 10, hora en que comienzan las clases. Van llegando, unos caminando, otros a caballo, en moto o auto con sus padres. Todos llegan y saludan con un beso a mi mamá y le dicen Usted con mucho respeto.

Algunos le traen flores, huevos, piedritas o plumas que van encontrando en su camino a la escuelita. Nos ponemos las túnicas, que quedan toda la semana en el perchero del salón, y a trabajar.

Somos siete compañeros, siete amigos, de diferentes clases, todos en el mismo salón, compartiendo las mesas, las ideas, las alegrías, las risas y hasta las tristezas, enojos y llantos.

Los lunes, que para muchos es el peor día de la semana, aquí no, el lunes es el día del reencuentro y de las anécdotas del fin de semana: carreras, raid, vareos, faenas, viajes al pueblo...

Pronto llega la hora del almuerzo y luego el tan lindo recreo. Jugamos a las jineteadas, a las carreras de caballo, a la pelota, a la rayuela, a la mancha y a muchas otras cosas, porque si hay algo que nos sale muy bien, es jugar.

Luego seguimos con nuestras tareas escolares en los cuadernos, pizarrón, papelógrafo, hojas o XO. A las tres de la tarde mis compañeros emprenden el camino a su casa, el largo camino de más de una legua para algunos. Muchos de ellos viven en estancias, que yo he visitado más de una vez, porque el tiempo que nos vemos en la escuela no nos alcanza para compartir juegos, conversar e imaginar.

Es común para mis amigos en la estancia dar de comer a las gallinas, agarrar caballos, hechar la lechera, ayudar a carnear. Emocionante y único, en verdad.

Si llueve, el único alumno de la escuela, si adivinaron, soy yo. Las cañadas se crecen y nadie puede cruzar. Pero lo bueno es que en cuanto acampa un poquito cruza la vecina con una fuente de tortas fritas.

Pero pronto llega el sol y ya vuelven los alumnos, mis compañeros, mis amigos, a llenar de risas y voces a mi escuelita rural.

Eliàn Rìos, 5º año Esc. N° 21 Salinas (11 años)